

REPARTO

PERSONAJES

LAURA.....
RAMONA.....
GERTRUDIS.....
CATALINA.....
MARIANA.....
PETRA.....
UNA VENDEDORA.....
PEDRÍN.....
NELO.....
DON RODRIGO.....
PEPE.....
LUIS.....
MONCHO.....
ANTONIO.....

ACTORES

SRA. SANFORD.
SRTA. OLIVER.
SRA. ROMERO.
TORRES.
SRTA. GIRÓN.
DOMINGO.
SRA. VILLAR.
SR. BARBERÁ.
IÑIGO.
BANQUELLS.
ROMERO.
PATALLC.
RAMOS.
PAESA.

Marineros, marineras, vendedores, vendedoras, bailarinas, bailarinas, un sacerdote, un monaguillo, un gaitero, un tamborero, niños del pueblo

La acción en un pueblecillo marinero de la Montaña (Santander).—Epoca actual

Derecha e izquierda, las del actor

PRÓLOGO

Dicenta y el maestro Gimeno

Una tarde de Julio—hace dos años—el autor de *Juan José* paseaba por el Parque del Oeste, ese luminoso rincón de Madrid donde quedan todavía niños y ruiseñores. La tarde, ebria de fragancia y de optimismo, invitaba, según las edades, a correr tras un aro o tras una idea. Joaquín Dicenta, sólo por la frondosa avenida, divagaba. Atraído por la propicia oportunidad de un banco solitario, se sentó en él. Sacó cuartillas. Requirió un lápiz. El prosista insigne iba a cortar, en el ubérrimo jardín de sus concepciones, la florecilla más fragante:—acaso una crónica, un cuento tal vez...

Pero, en esta sazón, llegó hasta él, siguiendo el tortuoso serpenteo de su hora de libertad, un rapacín como de tres años. Venía solo, sofocado por la risa, y se detuvo mirando descaradamente al maestro, con ese descaro, todo golosina para el hombre sano, de los niños. El diálogo fué breve y expedito. La ocasión, confabulada con la diferencia de edades, lo requería así.

—¿Me das el lápiz?—preguntó el chiquillo.—Tómalo,—repuso Dicenta.— Querrás también papel, ¿verdad?—Bueno.—¿Sabes escribir?—Sí.—Eres muy guapo. ¿Cómo te llamas?—«Duardito...»

El muchacho sonrió a las palabras de cariño que aquel desconocido hubo de prodigarle. Y luego se marchó como viniera, volando a ras del suelo.

Durante dos o tres tardes siguientes, el encuentro se repitió. Hombre y rapaz se saludaban como buenos

amigos.—¡Adiós, señor del lápiz!—le llamaba, afectuosamente, el niño. Dicenta, el hombre grande que ha flagelado a toda una muchedumbre, sonreía a aquel hombre chiquitín...

Otra tarde acercósele el muchacho con una señora. Su madre. La señora tuvo corteses frases de gratitud para el «señor del lápiz». El diálogo avanzó, urbano y afable. Pero cuando la madre del niño supo que aqúel desconocido paseante era el dramaturgo famoso, su júbilo no pudo ser mayor. Ella estaba casada con otro artista, con un músico compositor, enamorado de la gloria, por ser gloria y por ser luz. Su marido estaba ciego...

Dicenta recibió más tarde la visita del músico. Traía una carta de Roberto Castrovido. El generoso maestro recomendábasele a Dicenta como hombre de corazón, de cultura y de entendimiento. Y Dicenta se puso a disposición del maestro ciego, y nació *El idilio de Pedrín*...

Y se acabó la historia. El final de ella, que ha sido un resplandor, correspondía al público. El principio pertenece al muchachuelo que, una tarde de verano, se detuvo frente a cierto desconocido señor y con resolución simpática—¿por qué no decir videncia?—le pidió un lápiz...

E. Ramirez Angel.



ACTO PRIMERO

El teatro representa las inmediaciones de una aldea de La Montaña.

A la derecha, en primer término, un encinar, que se pierde en el lateral. En segundo, llegando hasta el fondo, una alta montaña, a la cual se asciende por un camino que, partiendo del mismo lateral, llega hasta el límite donde el mar corta la montaña, y asciende luego, en curva, a lo largo de esta, para perderse también en el lateral de segundo término. Todo practicable.

A la izquierda, en primer término, un fondín; delante de él un par de veladores con asientos alrededor.

En segundo término, avanzando para ser bien vista del público, una alta roca practicable; el mar pasará por entre esta roca y la montaña. A continuación de la roca, unos peñotes.

En el fondo, muy a la izquierda, el arranque de un embarcadero.

Es tarde de domingo, durante una típica romería.

Distribuidos por la escena, puestecillos portátiles de bebidas, rosquillas, etc., etc., regentados por vendedores.

A la derecha, en primer término, el puesto de una rifa de rueda. A su frente una Vendedora.

De unos a otros puestos, y durante casi todo el acto, irán los Mozos y las Mozas.

Antes de alzarse el telón, suenan campanas y panderos, oyéndose luego este cantar:

«Un pasiego jura y dice
que me ha de llevar a Pas,
y yo digo que no quiero
llevar el cuévano atrás.»